

Cuando en el viaje el género se torna evidente.

Algunas reflexiones sobre viajes, nomadismo y género

Por: Laura Mercedes Oyhantcabal

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8983-7592>

Resumen

Luego de realizar la investigación etnográfica “Brotos Nómades, elegir el viaje como modo de vida en la sociedad actual. Una aproximación antropológica” (Oyhantcabal, 2016) me decidí a abordar uno de los ejes que resultó más evidente cuando realicé el trabajo de campo: la intersección del género en el viaje. En este artículo tomo algunos fragmentos de esta etnografía para explorar y reflexionar acerca de cómo la dimensión de género atraviesa las prácticas de viaje, en particular las de las viajeras que eligen el viaje como modo de vida. El análisis se presenta en dos etapas: las reacciones y discursos que se generan cuando una mujer enuncia que va a partir de viaje sola y cómo esto es vivenciado por ella, y los distintos encuentros y situaciones que se dan durante el viaje en los que el género se torna una categoría clave de análisis, en particular me detengo en relatos sobre situaciones de peligro, miradas y juicios respecto a las prácticas de viaje de estas mujeres.

Palabras Claves

Nomadismo – Género – Viajeras

Summary

After writing the ethnographic research "Nomadic sprouts, travelling as a way of life in today's society. An anthropological approach" (Oyhantcabal, 2016) I have decided to address one of the lines that stood out when I was doing field work: the intersection of gender and travel. In this article I take some examples of this ethnography to reflect on the dimension of gender through travel practices, particularly those of women travelers who choose travel as a way of life. The analysis is presented in two stages: the reactions and discourses that emerge when a woman states that she is planning to travel alone and how this is experienced by her, and the different encounters and situations that occur during the trip in which gender becomes a key category of analysis, in particular I focus on stories about dangerous situations, judgments and stares about the travel practices of these women.

Key words

Nomadism – Gender – Women travelers

Introducción

“Recuerdo la cara de disgusto que puso mi madre cuando un buen día le dije que me iba de viaje a Centroamérica «por tiempo indefinido y sola». Yo tenía veinte años, estudiaba periodismo y soñaba con ser reportera de guerra. A pesar de su enfado inicial y el miedo a que su hija fuera secuestrada o nunca más volviera, mis padres me apoyaron con resignación.” (Boned et al, 2014: 10). Esta anécdota que narrará Cristina Morató en el prólogo del libro *Viajeras* se reitera en muchas historias de mujeres que deciden emprender un viaje.

Lo he escuchado muchas veces en la radio, en la televisión, lo he leído en noticias, en críticas y reflexiones, y siempre repiten, una y otra vez, la misma idea: las mujeres viajamos solas aunque estemos acompañadas de otras compañeras, amigas o familiares. Pero también al viajar solas, dicen, nos ponemos en riesgo, nos colocamos en situaciones de peligro. En definitiva, estamos solas de a dos, de a tres, de a miles, y el viaje es absolutamente inseguro para nostras. Pero ¿por qué? ¿es que solo dejamos de estar solas si tenemos un varón al lado? ¿es que los espacios que transitan lxs viajexs son puramente masculinos y no entienden de mujeres habitándolos?

Hace casi dos años, en 2016, realicé una etnografía sobre viajexs en la que buscaba conocer e interpretar cuáles eran las prácticas y discursos de quienes eligen el viaje como modo de vida, y para ello viajé como parte del trabajo de campo. Es decir, como parte de mi etnografía multisituada, realicé trabajo de campo en Montevideo, la ciudad en la que vivo, con viajexs que pasaban por allí, y emprendí viaje para contactar con ellxs en otros lugares y para compartir su modo de vida y así conocerlo mejor. Viajé, y al viajar, al viajar sola acompañada de mi misma o al viajar sola con una compañera de viaje, se encarnaron en mí, en mi cuerpo, algunos miedos, muchos de ellos provenientes de esas varias historias que había escuchado o leído. Me pasaron y sentí cosas, me relataron historias y compartí situaciones con viajeras que hablaban de una condición que nos atravesaba a todas. Al viajar se me hizo evidente la cuestión de género.

Cuando escribí la etnografía en 2016, aunque no abordé el trabajo desde la perspectiva de género, me resultó claro que era una categoría que podía enriquecer muchísimo el análisis, por lo que, abordarla era, sin duda, una cuenta pendiente. En este artículo, finalmente, me propongo presentar y explorar la cuestión de género en los viajes de aquellas personas que eligen el nomadismo como modo de vida. En una primera instancia me gustaría presentar quiénes son estas personas, cómo se diferencian de otros viajexs, como turistas y migrantes, y en qué se motiva su viaje. Luego, en un segundo momento, me gustaría presentar algunas anécdotas y relatos de viajeras que nos ayuden a pensar la cuestión de género en el viaje, a problematizar la mirada androcéntrica que han tenido las prácticas viajeras y los discursos sobre los viajes. Por último, me propongo presentar algunas

reflexiones que nos ayuden a pensar el viaje en clave de género.

Emprender ruta - elegir el viaje como modo de vida

En muchas sociedades a lo largo de su historia encontramos el viaje como práctica bajo diversos motivos: expansión territorial, explotación de recursos nuevos, intercambios comerciales, difusión de ideas religiosas, exploración, entre otras. En particular, existe una forma del viaje, el turismo¹ - propio de las sociedades occidentales-, que ha tenido un creciente desarrollo en las últimas décadas con la globalización, el avance del capitalismo y el desarrollo tecnológico en transporte y comunicación.

La posibilidad de viajar se ha tornado más cercana a ciertos sectores de nuestra sociedad y con ello, algunas formas de viaje se han vuelto más frecuentes. En lo que a nosotrxs nos concierne, una cantidad considerable de personas eligen una forma de viaje que podría estar asociada al turismo mochilero pero que toma otras características: no implica una organización y estructuración previa, no proyecta el regreso al lugar de origen, propone una vida siempre en movimiento, y exige el desarraigo permanente de un territorio fijo, de algunos lazos vinculares y de ciertos bienes materiales. Algunas personas abandonan la vida sedentaria para embarcarse en un viaje permanente porque eligen el nomadismo como estilo de vida.

El interesarme por este tema tuvo como resultado mi tesis de investigación “Elijiendo ser nómade en la sociedad contemporánea. Una aproximación a las prácticas y discursos de quienes eligen el viaje como modo de vida” (Oyhantcabal, 2016) en la que, a través de una etnografía multisituada², busqué, como ya dije, comprender cuáles eran los discursos y prácticas asociados a las personas que eligen³ viajar como modo de vida por tiempo indefinido. En torno a tres ejes que organizaron la investigación -lxs sujetos viajeros, el tiempo y el espacio, y las formas de financiación-, busqué responder preguntas como: cómo se identifican y auto-representan estxs viajexs, cuáles son sus motivaciones y propósitos para vivir viajando, cómo se vinculan con otrxs viajexs o con personas

¹ La mayoría de las definiciones entienden al turismo como un viaje temporario y voluntario cuyo objetivo es visitar un lugar alejado del hogar. En las sociedades occidentales está asociado al descanso y al esparcimiento, muchas veces en respuesta a una necesidad de escape o de pausa de la vida cotidiana. Se reconoce que el turismo es una gran industria que no está desvinculada de los procesos políticos, económicos y sociales. (Nogués, 2009).

² Etnografía que sigue las redes, conexiones y relaciones ya que lo que busca investigar es móvil, global y múltiplemente situado. (Marcus, 2001)

³ La palabra “eligen” aquí tiene una importancia especial ya que este modo de vida aparece como una elección libre del individuo que no está atravesada por cuestiones específicamente económicas o políticas. Es decir, hay una distancia importante, que es necesaria enfatizar, entre estos viajeros y aquellas personas que migran o que buscan refugio en otros países.

"locales"⁴, de qué forma habitan el tiempo y el espacio, dónde se quedan, cuáles son sus actividades diarias y cuáles son sus prácticas de financiación para reproducir su modo de vida.

Para bocetar y clarificar el tema de investigación, en esta primera parte me propongo ahondar en estos dos conceptos que se articulan en la tesis: el viaje y los modos de vida, y ponerlos en relación con lxs viajexs etnografiados.

Tomo de James Clifford (1995), quien estudia los viajes y los vincula con la práctica antropológica y el turismo, su concepto de viaje, ya que me parece fundamental para entender como en esta práctica se ponen en relación una serie de elementos que a simple vista quizá parecen inconexos. El autor plantea que el viaje es una parte integral del nuevo orden posmoderno de movilidad y remarca la diferencia entre el viaje y el desplazamiento a través de lo que él denomina “el mito del viaje”. Asumir el viaje como un desplazamiento donde el que se desplaza es “por definición alguien que goza de la seguridad y el privilegio de moverse con una relativa falta de condicionamientos” es parte del mito del viaje. Por el contrario, “los viajeros se desplazan bajo el efecto de poderosas presiones culturales, políticas y económicas, y (...) algunos de ellos son unos privilegiados desde el punto de vista material, mientras que otros están oprimidos.” (Clifford, 1995: 15-16). Al viajar la persona se pone en relación con unx otrx espacial y subjetivo, en esta “zona de contacto” que llama Pratt (2010), y allí se da una redefinición de lx viajex respecta a ese otrx, en la que las identidades son negociadas recíprocamente y el lugar de quien viaja es definido por la significación simbólica que se le da a sus prácticas, a sus discursos y a su estar-ahí. Entonces, asumir que todas las personas viajeras son iguales, o que se relacionan de la misma forma con el/la otrx o con el espacio, es un mito.

En suma, como menciona Hernando (2012) “Cuando hablamos de viajes lo hacemos como si nos estuviéramos refiriendo a un hecho objetivo, que se puede describir como si la realidad fuera la misma para todas las personas. Pero en realidad, no hay nada que refleje más la subjetividad y la identidad de una persona que entender el tipo y las características de los viajes que emprende”

Ahora, situar al viaje como modo de vida implica entenderlo como la elección “libre”⁵ de un sujeto de un proyecto de vida particular, donde la posibilidad de esa elección nos habla, también, de las condicionantes que atraviesan a esa persona que viaja. Aunque su elección de viaje puede tener motivaciones muy fuertes, existen condicionantes de género, clase, capital económico y socio-

⁴ A lo largo de este trabajo se utilizará el término “locales” para referir a la gente propia del lugar que los viajeros visitan. Este es un término utilizado por ellos y que aparece muy frecuentemente en sus discursos, por esta razón se opta por mantener el término.

⁵ Elijo poner la palabra libre entre comillas para hacer alusión a lo ideológico del término. En realidad esta “libertad” de la que se habla en las sociedades occidentales, neoliberales, que permitiría que uno elija el proyecto de vida que más le apetezca, está atravesada por una serie de condicionantes, o sujeciones, como los de clase, género, raza, capital cultural, trayectoria familiar e individual, entre otras.

cultural, entre otros, que pueden facilitar o dificultar esa elección y que condicionan los espacios y la forma en que lxs viajers van a moverse y a vincularse con sujetos, espacios y tiempos.

En particular, la cuestión de género es una condicionante, o aún mejor, es una relación de poder que dificulta la elección para las mujeres. Esto se torna evidente cuando al desear emprender el viaje se nos hace cuerpo la vulnerabilidad que nos hace sentir el hecho de ser mujeres “solas en la ruta” y de no estar acompañadas por un varón. Como mujer podés pensarte viajando pero, como plantean Boned et al (2014: 13), “hay un problema: sos mujer y te da miedo. Para un hombre es más fácil”. Son muchas las viajeras que hablan de estos miedos que afloraron a la hora de visualizarse viajando o de afrontar la reacción de otra persona al plantearles su deseo de viaje.

Como señala Clifford (1995) la elección del viaje como modo de vida puede tener motivaciones que expresan búsquedas, aprendizajes, sentires, interpelaciones y exploraciones diversas, en general asociada a los intereses de quien viaja, que consideran la movilidad espacio-temporal como base. Maffesoli (2004) entiende que el/la nómade, en su anhelo por una vida basada en lo cualitativo, o lo hedónico, y el deseo de romper con el confinamiento domiciliario de la sociedad moderna, decide partir de viaje en busca de aquello que no encuentra en su lugar. “La vida errante, desde este punto de vista, es la expresión de una relación diferente con los otros y con el mundo, menos ofensiva, más suave, algo lúdica y, claro, trágica, pues se apoya en la intuición de lo efímero de las cosas, de los seres y de sus relaciones.” (Maffesoli, 2004: 28)

Nikolas, un viajero alemán de 22 años que hospedé por *Couchsurfing*⁶ en mi casa en Montevideo, me habló una tarde que salimos a caminar por la ciudad sobre los motivos que lo llevaron a elegir el viaje como modo de vida. Inspirado en el viajero Christopher McCandless, personaje de la película *Into the Wild* de Sean Penn (2007), decide partir de viaje para explorarse y descubrirse viviendo como un vagabundo, descubriendo el mundo y las distintas formas de vida, viviendo diariamente de lo que la gente le pudiera ofrecer y desarraigado de sus bienes materiales. Al respecto, menciona:

Hay distintas formas de viajar, y las respeto a todas. No encontré a nadie que viajara como yo, porque yo elegí viajar como pobre sin serlo. Esa fue la forma de viaje que yo encontré y que me hizo feliz, otros encuentran otras formas. (...) Creo que cada uno busca conocerse a si mismo, busca un modo de vida que lo haga feliz, en el que pueda hacer lo que realmente quiere hacer. Es difícil encontrar esta respuesta, pero generalmente situarte en una cultura y un sitio desconocido es la mejor forma de encontrarte, de buscarte. Así podes ver las diferencias, y cómo funcionaría esto de otra forma. Si elegís el desafío de ser mochilero, te vas a quebrar o caer muchas veces, pero ésta será la mejor oportunidad para pararte nuevamente, y así darte cuenta de lo que sos capaz de hacer. (...) Poco a poco te darás cuenta con que tipo de personas te

⁶ Plataforma web que permite a los usuarios ofrecer servicios de alojamiento y hospitalidad entre viajeros y anfitriones. www.couchsurfing.com

complementas. Y ¡sí!, hoy día puedo decir que me conozco mejor que antes, pero lo fui aprendiendo día a día.⁷

Considero fundamental señalar que las motivaciones⁸ que llevan a lxs viajersxs a elegir el viaje como modo de vida se distancian de las de lxs migrantes. Rápidamente, podría decir que lxs últimxs se trasladan por cuestiones económicas, sociales o políticas que lxs llevan a instalarse en un nuevo lugar ya que algunos de estos aspectos les imposibilitan o dificultan seguir viviendo en su país. Como señalan Deleuze y Guattari (2004) la práctica nómada de lxs viajersxs, a diferencia de la migrante, apuesta a una vida siempre en “intermezzo”, siempre entre un lugar y otro, se alcanza un lugar sabiendo que será abandonado en un período de tiempo. Por otro lado, lxs turistas realizan un viaje, en general enfocado al ocio o descanso, por un período determinado, sabiendo que luego del mismo retornaran a su lugar de origen, a diferencia lxs viajersxs nómades viajan por tiempo indeterminado.

Luri, una viajera argentina de 30 años que conocí en Budapest, Hungría, ilustra esta idea cuando menciona “(...) quiero conocer el mundo, pero yo no pago por alojamiento ni consumo lo mismo [que una turista]. Yo ando por ahí, sin rumbo, conozco miles de camas y conoceré muchas más, conozco mucha gente. No tengo mi lugar ni lo quiero. Ando en ruta”. Ella se identifica con la imagen de la mochilera, porque carga con lo que necesita a los hombros, y con la de nómade, ya que no cree tener un lugar de retorno, está en constante movilidad. Respecto a los motivos de su viaje me cuenta que elige el viaje como modo de vida para escapar del agobio que le genera su vida cotidiana. Con dos trabajos en los que invertía casi doce horas por día, apenas llegaba al dinero suficiente para vivir con una amiga en una ciudad que le consumía muchas horas al transitar de un sitio a otro. Al proyectar a futuro su vida de esta forma, sentía un agobio tan fuerte que la impulsó a llevar adelante alguna acción que le permitiera transformar su realidad, así es que decide partir de viaje.

⁷ Traducción propia: “ There are so many ways of traveling and I respect them all. I haven't found anyone like me, 'cause I choose to be poor on purpose. That's the way I found that made me happy, other people find other ways. (...) Well, I think everybody is looking for himself. For a way of life how to live happy and to do what we really wanna do. And it is not easy to know that. And usually a trip to any foreign culture and place is the best way to yourself. Because you can see the difference and see how it also works in a different way. And if you take the challenge of backpacking you will often break and fell, but this is the best opportunity to take your chance to stand up again. And then you figure out to what you are able to do. (...) And little by little you will figure out with what kind of people you fit. And yes!, now I can say I know myself better than ever before. But I learn every day.

⁸ En general, podría decir, aunque cuando realicé la investigación no puse el foco específicamente en ello, que no encontré grandes diferencias entre las motivaciones y búsquedas que me expresaron viajeros y viajeras para elegir el viaje como modo de vida. Sería interesante ahondar, en una investigación futura, sobre los deseos que les impulsan a viajar, observar si existen motivos diferenciados entre hombres y mujeres, y hacer foco en cómo se actualizan estos deseos en el viaje en si. Respecto a la etnografía (Oyhantcabal, 2016), las motivaciones que aparecían en común entre hombres y mujeres, referían al deseo de transformar la cotidianeidad en la que se encontraban, de partir en busca de más flexibilidad y libertad, así como de encontrarse en situaciones nuevas y desconocidas que posibilitaran un encuentro distinto consigo mismxs. Un aspecto resultó evidente, y lo trabajaré con mayor detenimiento en los apartados posteriores de este artículo, las viajeras debieron afrontar una serie de miedos e inseguridades respecto al viaje que eran muy pocas veces mencionados por los viajeros.

Elegir un modo de vida es un proyecto integral que atraviesa las diversas dimensiones de la vida de una persona, comprende preferencias en cuanto a prácticas, experiencias, consumo de productos, disposiciones corporales, discursos, entre otras. Un viajero chileno que conocí en Berlín, Ricardo, y que viaja hace más de 15 años, un día charlando me dijo algo que me ayudó a dar cuenta de la magnitud en la que el viajar atraviesa su vida. Anoté en mi diario de campo: “Para mi viajar es la vida misma. No se vivir de otra forma. Me di cuenta que la vida está ahí en movimiento, que necesariamente hay que salir moverse, disfrutar de lo que me da la ruta. El ver lugares distintos, personas, comidas, culturas diferentes y aprender de todos un poco me ha modificado no solo en mi forma de pensar sino también de sentir” (Ricardo).

La cuestión de los modos de vida toma vigor con los procesos de individualidad que se dan en el contexto de avance del capitalismo y la urbanización. Como plantea Simmel, estos procesos tienen sus orígenes en siglos anteriores con el desarrollo de la vida moderna en la que la libertad individual era uno de los pilares fundamentales, sobretudo en las grandes ciudades o metrópolis que permitían darle a las existencias personales un mayor impulso hacia la individualidad. La interacción de individuos poseedores de un cierto grado de libertad, lo que Simmel denominó “cultura subjetiva”, permite la diferenciación entre estos individuos, y los grupos sociales que ellos conforman. Estos procesos de diferenciación e individualidad conllevan a la complejización de la vida urbana. Evidentemente, no todas las personas eran poseedoras de los mismos grados de libertad, por lo que esas interacciones entre individuos no se daban de forma armónica sino que en los formatos conflictos más o menos estables que conforman la “cultura objetiva”. (Pinheiro, 2010).

Hoy día, la vida en grandes ciudades, que como dice Velho (2010) amplía el universo de experiencias y el acceso a modos de vida diversos y alternativos, la fluidez de las relaciones sociales y la desestabilización de las categorías sociales de la modernidad, conduce a los sujetos, aún con mucha fuerza, a la necesidad de una identidad propia que les de unicidad. La elección de un “estilo de vida” como parte de esa individualización, podría llegar a ser hasta más significativa que la clase social, pero está siempre condicionada por factores como la edad, la clase, el género, la raza y la etnicidad, es decir, no son elecciones descontextualizadas, ni absolutamente libres (Wheaton, 2004).

En relación al género, vemos que este impulso hacia la individualidad, hacia una mayor libertad, es históricamente propio del hombre, con lo que las interacciones entre individuos que dieron lugar a la diferenciación y la individualidad fueron interacciones entre varones. Las mujeres debieron de recorrer un camino mucho más largo y desafiante para desarrollar su individualidad, y aún hoy las identidades muy individualizadas de las mujeres son cuestionadas e interpeladas, ya que a las

mujeres se les ha adjudicado históricamente una “identidad relacional”⁹ (Hernando, 2012). En este sentido y en relación al viaje, entendido como un exponente de la individualidad, éste ha sido una práctica propia del mundo de lo masculino. Lo que esto implica será desarrollado con mayor profundidad en el próximo apartado para dar cuenta de lo que conlleva para una mujer o para un hombre elegir el viaje como modo de vida.

Por último, para cerrar este primer apartado del artículo, me gustaría exponer brevemente cómo se identifican y reconocen estas personas que eligen el viaje como modo de vida. En la literatura aparecen diversas denominaciones para referirse a estxs viajxrxs. Espinosa (2012), quien realiza una etnografía sobre viajxrxs que viajan vendiendo artesanías en Salta, lxs denomina “neo-nómades”; Richards y Wilson (2004), que en su libro recopilan varias investigaciones sobre viajeros, lxs denominan “nómades globales”; Cabello (2014) y Monteiro Silva (2011), por otro lado, lxs asocian al turismo considerándolxs turistas “mochilerxs”. En los textos de cada unx de estxs autorxs la denominación está vinculada al énfasis que se le da a sus prácticas, en algunos casos éstas son consideradas como inseparables del turismo y en otros, en contraste, se conciben como prácticas de viaje que rompen con las lógicas del turismo tradicional.

Al hablar con lxs viajxrxs sobre sus identificaciones, no encontré una única respuesta. Esto, y otras observaciones, me hicieron dar cuenta que no conforman una comunidad única, ni manejan una teoría de fondo que lxs agrupe en un colectivo con objetivos compartidos o en pos de una transformación específica. De todas formas, hay constantes redes que lxs mantienen conectadxs por lo que, aunque como viajxrxs se autodenominan distinto, existen elementos discursivos en común.

Partir de viaje siendo mujer

En enero de 2008, unos días antes de salir de viaje por primera vez, me tiré en la cama de mi cuarto y me largué a llorar. Mi mamá vino a ver que me pasaba y yo le dije, como una nena chiquita: “¡No me quiero ir! ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Tengo mucho miedo!”. Mi colectivo a Bolivia salía en tres días y yo empezaba a darme cuenta de lo que estaba por hacer. Acababa de terminar una carrera universitaria y en vez de seguir el camino socialmente esperado (universidad – trabajo fijo – buen sueldo – auto/casa – casamiento – hijos – jubilación) iba a irme de viaje por ahí, sola, sin rumbo, sin fechas, sin destino y con un plan de vida no convencional.

Todos esos miedos y prejuicios que habían intentando inculcarme y que yo no había querido escuchar aparecieron de golpe: empecé a convencerme de que estaba loca, de que iba derecho hacia el robo, el secuestro, la violación y una muerte segura (...). Una persona llegó a decirme que dudaba que yo volviera viva de ese viaje (...). Pero... ¿y si tenían razón? ¿Si me pasaba lo

⁹ Identidad que coloca al sujeto siempre en relación a un otro. En lo que viene del artículo se profundizará en esto.

peor? ¿Si el mundo era un lugar tan malo como querían hacerme creer? (...) ¿De qué voy a trabajar? ¿Y si me quedo sin plata? ¿Y si no me puedo comunicar con la gente? ¿Y si me pasa algo malo? ¿Y si me enfermo? ¿Y si me roban? ¿Y si me secuestran? ¿Y si...? (Aniko Villalba, 2018)

Emprender un viaje no es solo desplazarse de un lugar al otro, como mencioné anteriormente respecto a Clifford (1995). Emprender un viaje implica un desplazamiento espacio-temporal que conlleva el “alejamiento progresivo del orden lógico que nos constituyó como personas, de los vínculos familiares y sociales que nos atraviesan, de los códigos que sabemos interpretar, (...), del nicho social que en nuestro grupo se nos reserva y donde se nos reconoce” (Hernando, 2012b). Enfrentarse a todo ello implica correr riesgos, visualizarse en situaciones nuevas, desentrañando lo diferente y resolviendo distintas problemáticas en un lugar en el que somos desconocidas y nos vinculamos con desconocidxs, en el que no existen vínculos, afectos previos o lazos de protección. “Cuando hablamos de viajes, estamos hablando de individualidad” (Hernando, 2012), en una sociedad que se individualiza cada día más, pero que en situaciones de individualidad radical, como puede ser el viaje, nos hace darnos cuenta de todos los lazos, vínculos, redes que sostienen nuestra vida sedentaria cotidiana y que construyen nuestro lugar.

Muchas veces “hablamos de viajes como si fuera irrelevante o casual quién es el viajero, como si el viaje fuera una acción que solo necesita describirse en sí misma, sin conectarlas con el hecho de que exige un tipo particular de identidad que ha caracterizado a los hombres, pero no a las mujeres (...)” (Hernando, 2012) Hablar de viajes es hablar de individualidad, y justo esa no es la identidad que haya caracterizado a las mujeres en la historia. No se esperaba de las mujeres que construyeran su individualidad. Es recién en la modernidad occidental que algunas mujeres pueden individualizarse, y solo unas pocas lo hacen eligiendo el viaje como modo de vida, ya que éste ha estado cargado de obstáculos que las mujeres debemos afrontar.

Como menciona Clifford (1995: 12) el viaje considerado “heroico, educativo, científico, aventurero, ennoblecedor” ha sido cosa de hombres, porque se ha pensado que las mujeres no son capaces de emprender viajes “serios”. Las pocas mujeres que aparecen, como Mary Kingsley, Freya Stark o Flora Tristan, figuran como excepciones que recién hoy se están redescubriendo. “Los grandes viajeros de la historia fueron y son hombres” (Boned et al, 2014) y por ello las mujeres contamos con muy pocos ejemplos, y muy poco difundidos, de viajeras que hayan partido a recorrer el mundo dejando de lado sus proyectos de madre-esposa. Mary Kingsley señalaba que la posibilidad de emprender el viaje, que le permitía pensarse con un nivel de libertad que en la vida doméstica era inconcebible, solo podía realizarlo una vez desprendida de todas las obligaciones e interpelaciones domésticas. Nuestra sociedad patriarcal nos oprime por ser mujeres y en ella aún sigue siendo muy

juzgado que la mujer abandone o postergue su deseo de ser madre, que abandone el ámbito de lo doméstico, aún es considerado como un desvío de la norma, como una anormalidad.

A su vez, partir de viaje implica elegir habitar un espacio que históricamente ha sido masculino, implica mirar la opresión de género a la cara y enfrentarla, pero hacerlo sola, aunque estemos acompañadas de otra mujer, porque ese espacio-tiempo, el viaje, nos concibe como extremadamente vulnerables y frágiles para habitarlo, estamos solas, estamos desprotegidas y muchas veces no contamos con la aceptación social para hacerlo.

“En las interacciones que he tenido antes, durante y después de mis viajes casi siempre mis interlocutores me piden que me cuide, (...) y en muchos casos mi decisión de viajar sola es francamente cuestionada: ¿qué me impulsa a viajar? ¿no puedo ir a casa? ¿de qué estoy corriendo?”, narra Anne, una viajera alemana autora del film *Wanderlust: Cuerpos en tránsito* (2016), en una entrevista realizada por Grimal (2017). En esta reacción de la gente que ilustra Anne se visualiza esta idea de la mujer frágil que se coloca en un lugar de vulnerabilidad al viajar, razón por la que debe cuidarse, o de la mujer que necesita de un varón que la proteja porque ella depende de esa relación, sino está sola y sola es frágil. A su vez, las preguntas que le realizan parecen cuestionarle el por qué una mujer no está en su casa, por qué huye de ella. No son preguntas personales, son preguntas que hablan del lugar en que se coloca a la mujer.

Como menciona Hernando (2012), así como el varón se ha caracterizado por tener una identidad individual, propia del viaje, la mujer se ha identificado con una identidad relacional, ésta la coloca siempre en relación a un otro: soy la mujer de, la madre de, la hija de.

(...) esta divergencia identitaria entre los hombres y las mujeres de nuestro proceso histórico no obedece a tendencias innatas, biologicismos o esencias de tipo alguno. Es resultado de un proceso histórico, no planificado ni consciente, en el que a medida que los hombres iban desarrollando la individualidad, depositaban en las mujeres la responsabilidad de garantizarles a ellos los vínculos afectivos y el sentido de pertenencia al grupo, sin los cuales no hubieran podido sentirse seguros. (Hernando, 2012)

La mujer que abandona esos vínculos sociales que le dan identidad, atraviesa una pérdida de sentido del ser, es tremendamente juzgada por hacerlo, o hasta amenazada. En este sentido, la mujer moderna que puede decidirse por viajar sola adopta una identidad individual por sobre la relacional. Esto simboliza una ruptura con la identidad de género que históricamente se le ha asignado a las mujeres, por lo que las reacciones, en la mayoría de los casos, buscan reforzar la identidad relacional o al menos traer a la conciencia el hecho de que la mujer necesita de una compañía para transitar ciertos lugares.

El hecho, entonces, es que el viaje ha sido una actividad de hombres y no de mujeres en todas las etapas pre-modernas de nuestra historia porque sólo ellos iban construyendo una identidad individualizada. Pero ellos sólo podían construir su individualidad a costa de frenar la de las mujeres, que seguían caracterizándose por una identidad relacional y, por tanto, no podían concebir, desear, ni afrontar subjetivamente un viaje. (Hernando, 2012)

Con la modernidad, algunas mujeres, sobre todo mujeres blancas y de clases privilegiadas, comienza a acceder a la escolarización secundaria y terciaria, y con ella cada vez más mujeres acceden a lecturas y formaciones que antes estaban al alcance de los varones solamente. Esto conlleva al desarrollo de la identidad individual en las mujeres que ahora desean y aspiran a otras búsquedas y exploraciones de sí mismas y del mundo. Sin embargo, siguen siendo minoría en relación a los varones. (Hernando, 2012) Pero además, las mujeres contamos con pocos modelos femeninos que nos saquen del proyecto madre-esposa. En particular, la ausencia histórica de grandes relatos de mujeres viajeras que operen como modelo es una limitante que anticipa la relación con la mujer que viaja, es decir, como se la visualiza, así como la relación de inseguridad que establece consigo misma al proyectar un modo de vida del que tiene solo modelos masculinos. Los relatos de viaje dominantes tiene una perspectiva masculina, lo que no compatibiliza con la percepción corporal y experiencia que tiene una mujer viajera. “Las damas viajeras (burguesas, blancas) son pocas y aparecen como rarezas en los discursos y prácticas dominantes. A pesar de que recientes investigaciones están mostrando que eran más de lo que se reconocía anteriormente, las mujeres viajeras estaban obligadas a disfrazarse, someterse o rebelarse discretamente a un conjunto de definiciones y experiencias que eran por norma masculinas.” (Clifford, 1995:12)

A su vez, como dijimos, estos relatos colocan a la mujer como víctima, habitando un espacio masculino que la hace vulnerable a la violencia sexual y al acoso. “Por eso es importante que escuchemos sus historias, en libros, blogs y en la radio. Pero no en meras apariciones esporádicas, ni como víctimas, ni como objetos sexuales, sino como personas con sueños, ideas y curiosidad que eligen desarrollarse viajando” (Anne en Grimal, 2017).

Cuando al viajar el ser mujer se siente en el cuerpo

A pesar de las resistencias y obstáculos que se le plantan a una mujer que elige partir de viaje, muchas de ellas deciden afrontarlos y lanzarse a la ruta de todas formas. En mi etnografía conocí varias viajeras aunque eran minoría en relación a la cantidad de viajeros varones. Con ellas escuché muchas anécdotas que me mostraron como, de distintas formas, las dificultades iban surgiendo y resurgiendo en el andar y como las situaciones de peligro predichas antes de partir de viaje se

hacían realidad por lo que debían generar estrategias para afrontarlas. Pero bueno, antes de conocerlas tuve que partir yo de viaje y eso también implicó algunas cuestiones a resolver.

En un principio, cuando comencé a realizar mi etnografía multisituada, estaba realizando trabajo de campo solo en distintos lugares de Montevideo, Uruguay, la ciudad en la que vivo. Luego de una salida exploratoria a Buenos Aires, Argentina, para ver como se daban las dinámicas de viajeros en una ciudad más grande, más visitada y más cosmopolita, me di cuenta de la importancia de hacer campo en otros sitios de Latinoamérica y de hacerlo viajando como ellos. De esta forma, me decidí a emprender viaje por un mes y medio recorriendo Perú y Ecuador, ya que habían comentado los viajeros que ya había conocido que eran de los países más visitados por quienes viajan. La decisión fue fácil, las vacaciones las tenía y no necesitaba de demasiado dinero porque siguiendo lo que ya conocía del modo de vida viajero podría ahorrar alojándome por *Couchsurfing* y viajando haciendo dedo. Sin embargo, fueron otras las emociones que surgieron: la inseguridad y el miedo. Nada de lo que me contaban o leía de las viajeras que estaban por emprender un viaje me resultaba ajeno, sentía que había encarnado todo eso. A su vez, intuía que no iba a ser una idea muy bien aceptada a nivel familiar. Así que me dispuse a encontrar a alguna amiga que estuviera a fin de acompañarme, para que no nos sintiéramos tan “solas y desprotegidas”, porque sin dudas con la idea de viajar el ser mujer se sentía en el cuerpo de forma particular.

Con Gabriela decidimos emprender viaje a fines de Diciembre. Compramos pasaje de avión a Lima y de allí nos moveríamos por tierra recorriendo Perú y Ecuador. No habíamos resuelto nada más que las primeras dos noches en un *hostel* de Lima. El resto era azar, ver que nos recomendaban otras personas que viajaban, seguir rutas con ellas y adoptar su estilo de vida. Aunque al principio surgieron varias dudas y preocupaciones, sobre todo de Gabriela que no podía creer que nos fuéramos un mes y medio sin nada resuelto más que dos noches de alojamiento y sin haber investigado nada en el mapa, en seguida nos sentimos cómodas y nos adaptamos a esa lógica.

El viaje estuvo cargado de experiencias enriquecedoras, de mucho pensamiento antropológico, de mucha reflexión etnográfica, exploración, aprendizaje, descubrimiento y conocimiento del andar de estas personas. A pesar de todo lo positivo de la experiencia que me ayudó muchísimo en el avance de mi tesis, hubo situaciones muy incómodas. Constantemente se nos hizo presente el hecho de que dos mujeres solas, sin un hombre, pueden estar en peligro. En particular, nos pasó en reiteradas ocasiones que alojarnos en casas de hombres, que fueron los únicos que aceptaron nuestras solicitudes de alojamiento por *Couchsurfing*, podía generar algunas confusiones. En varias oportunidades nos hicieron alguna que otra insinuación sexual, o nos preguntaban ¿qué era lo que queríamos realmente?, hasta nos decían cosas del estilo “dos chicas solas viajando ¡qué peligro! cualquiera querrá abusarse de ustedes”, o “necesitan de un chico que las acompañe”, y otras veces

al considerarnos “gringas” manifestaban intenciones de que compráramos regalos o cosas para ellos.

A su vez, al charlar esto con otras viajeras aparecía siempre el consenso, esta situación era vivida por todas nosotras:

Hace años que viajo y he recorrido muchísimos lugares, pero en todos, (...) aunque de maneras distintas, viví eso, siempre sentí que mi experiencia por ser mujer era distinta a la de los otros viajeros. Tipo, estás en una terminal de ómnibus y te haces la cabeza, querés hacer dedo y estás atenta a quién te va a levantar, te quedas en lo de alguien y te da miedo lo que pueda entender, tu cabeza te dice todo el tiempo ‘estas sola, cuidate, te pueden hacer cualquiera’. Siempre, siempre está presente eso, sos mujer y es diferente a los otros viajeros.

decía Juana, una viajera argentina de 25 años que conocimos en Quito.

Pero no solo se vivía a través del sentimiento de peligro, muchas otras nos hablaban de las miradas de los otros, de sus comentarios, de lo limitante que resultaba esto al viajar y de cómo terminaban restringiendo lo que querían hacer.

Andar por diferentes lugares del mundo dentro de un cuerpo de mujer, me hizo ver que dependiendo del lugar geográfico en el que me encuentre, mis posibilidades y limitaciones son diferentes. (...) Como mujer sentí, que no debía circular libremente en algunos espacios públicos que son dominados por hombres. (...) Sin embargo, no solamente son esos lugares geográficos, sino también que en mis viajes siento el peso de una imaginación cultural limitada que tiene que ver con la forma en que soy percibida por otros. (Anne en Nunes, 2017)

A continuación me gustaría presentar distintas anécdotas y relatos de mujeres viajeras en función a dos items: la mirada y el juicio del otro, y las situaciones de peligro.

La mirada y el juicio del otro

Lucila Schonfeld (2016), una viajera argentina publica en la Revista Anfibia una crónica de viaje sobre su experiencia adentrándose al mundo de hombres:

A mis veinticuatro años viajé con una amiga española a Marruecos. “Solás” atravesamos Andalucía en coche y dormimos en Algeciras, ciudad fronteriza, para cruzar el Estrecho de Gibraltar al día siguiente. Un hotel completamente habitado por hombres, guardias civiles, la mayoría de ellos militares y dos mujeres, nosotras. (...) lo que nunca voy a olvidar son las miradas. Todavía no habíamos ingresado al mundo árabe, no hacía falta. Era un mundo de hombres y si estábamos ahí, solas, se adjudicaban el derecho de mirarnos como y cuanto se les diera la gana. Luego, en Tánger, la película ya no era muda. También nos decían. A veces entendíamos el pseudo castellano que alguno heredó de viejas épocas (“mujera, guapa, vene”), y seguíamos nuestro camino, la frente alta. Alertas. No debíamos movernos más allá de un límite,

real aunque invisible. Entrar en un café o restaurante implicaba ser escudriñada. La sorpresa por lo nuevo se mezclaba con la inquietud que sentíamos ante el escaneo. La paradoja: teníamos “libertad” para movernos solas porque nuestra condición era inocultable: turistas. Mujeres solas, pero turistas. Entonces la violencia cobraba una nueva dimensión: las mujeres “locales” no podían hacer lo que hacíamos nosotras, extranjeras excepcionalmente “autorizadas”. Con esa tensión siempre presente, no nos apartábamos del corredor “seguro”, esa frontera que una cree que existe, aunque asume su fragilidad. Porque ese límite se puede desdibujar en cualquier momento. Lejos o cerca de casa.

Hablar de viajar no es hablar de un yo, de nosotras o de los otros. Hablar de viajes es hablar de la interacción que se pone en juego en una zona de contacto, “espacio en el que personas separadas geográfica e históricamente entran en contacto entre sí y entablan relaciones” (Pratt, 2010: 33). En esta interacción es esencial considerar la dimensión de las relaciones de género, en la que los dos o más géneros se ubican en posiciones jerárquicas diferentes teniendo sus acciones valoraciones desiguales. Aquí no solo se pone en juego el hecho de ser una mujer que viaja, con todas las dificultades que ya mencioné que esto implica, sino que aparecen las miradas de los otros culturales con sus diferentes formas de entender lo que es ser mujer, lo que una mujer puede hacer o no, qué espacios puede transitar y como debe comportarse. A su vez, se ponen en juego cuestiones vinculadas a la religión, a la etnia y a los Estados, en relación a como estos conciben a la mujer, que generalmente se hacen más evidentes en países no occidentales o de realidades socio-culturales contrastantes a las de origen de las viajeras.

Inma Gregorio, una viajera española que hace unos 20 años vive en ruta, señala: “Las mujeres no disfrutamos de las mismas libertades en muchos países en los que la religión juega un papel primordial y estamos siempre a merced de situaciones que nos ponen en peligro por nuestra condición. Yo misma he tenido que luchar contra miradas inapropiadas en algunos destinos asiáticos, del norte de África y de Oriente Medio (...)” (Nunes, 2017)

Ser una mujer que viaja sola, pero además ser una mujer que viaja sola por espacios en lo que no se concibe su presencia, salvo bajo ciertas condiciones, es desafiar lo “estriado” (Deleuze y Guattari, 2004) de ese espacio, es decir, implica desafiar no solo lo sedentario de ese sitio, en la condición de viajera nómada, sino también lo controlado, limitado, regulado y homogéneo de ese lugar, que no visualiza una mujer habitándolo de esa forma. Es en este choque, cuando los límites entre lo mismo y lo distinto se tensan, que aparecen las miradas y los juicios de esos otros que reflejan las lógicas ajenas a nuestro andar. Lógicas ajenas que a veces nos hacen retroceder y volver al hogar para volver a lo conocido, a lo cómodo, aunque también sea opresivo, o que nos llevan a enfrentarlas, como dice Hernando (2012b) “(...) tenemos miedos y angustias frente a un universo que nos supera, pero que, a pesar de ello, (...) conseguimos neutralizarlos y sentirnos fuertes, crear

instancias protectoras (...)

Son innumerables las vivencias narradas por viajeras que hacen alusión a prácticas despectivas de varones hacia ellas en los diferentes encuentros que posibilita el viaje. Pareciera que en el hecho de ser mujer que elige el viaje como modo de vida se encuentra intrínseco el tener que tolerar esto. Finalmente, esas miradas, actitudes, comentarios y juicios de lxs otrxs forman parte de una moralidad que mediante la ridiculización, la presión, el cuestionamiento, la intimidación, el acoso, el acecho y la desvalorización busca reubicar a las mujeres viajeras en un espacio de lo concebido para su género femenino. Por un lado, se apuesta a restringir su movilidad, porque moralmente la mujer no puede circular por cualquier lado, no puede salirse de su casa ni frecuentar ciertos sitios. Por otro lado, se apuesta a restringir su libertad de elección de ciertos proyectos de vida por sobre otros, de ciertas prácticas.

Sin embargo, muchas de ellas comentan que buscan distintas formas de resignificar ese miedo, indignación, frustración, y otros sentimientos, que las invaden ante situaciones de violencia por miradas acechantes, comentarios o cuestionamientos. “Es difícil tomarse este tipo de situaciones siempre asertivamente, es muy frustrante e indignante que por el hecho de ser mujeres se nos cuestione y se ejerza cualquier tipo de violencia y falta de respeto sobre nosotras. Así que muchas veces nos enfadamos, contestamos, gritamos, o si podemos revertir la situación, explicamos nuestro punto de vista, o le ponemos humor e ironía al asunto”, comentan Eva Serra y Ana Vega (2018), dos chicas españolas que hace más de tres años viajan en un Citroën 2CV y que cuentan que han sido muy burladas por viajar en auto siendo mujeres.

Las situaciones de peligro

A principios del 2016 dos viajeras argentinas de la ciudad de Mendoza, fueron asesinadas mientras recorrían el balneario Montañita en la costa de Ecuador. Las reacciones fueron diversas. Muchos medios de comunicación levantaron titulares y notas en los que inculpaban a las dos chicas por “viajar solas”, considerándolas imprudentes por ponerse en situaciones de riesgo. Otros medios cuestionaban a sus padres y madres por haberles permitido partir de viaje “solas” y exponerse a tales peligros. Por otro lado, se levantaron fuertes voces, sobre todo a través de *Facebook* y otros medios, que exigían considerar el asesinato como un feminicidio señalando la irrefutable relación entre el patriarcado y el turismo, y sumando este doble homicidio a la larga lista de feminicidios que tienen lugar en nuestra sociedad. (Carbajal, 2016)

Hugo Marietan, psiquiatra argentino designado para analizar el caso, investiga las conversaciones que estas chicas tuvieron a través de las redes sociales con familiares y amigas días antes del

asesinato, toma ciertos fragmentos en los que ellas comentan sobre el hacer dedo para viajar y lo usa como insumo para analizar de que tipo de víctimas son reflejo estas actitudes. Él consideró a las dos jóvenes como “víctimas propiciatorias” que al viajar a dedo por Sudamérica corrían “un alto riesgo” por lo que su accionar “de alguna manera forma parte de lo que moviliza el crimen”. Y continúa “acá [en] el tema de ir de mochilero a un país de alto riesgo como es Ecuador ya hay un punto propiciatorio porque puede pasarte cualquier cosa, más siendo joven, mujer y confiando. Asimismo, hay que prevenir cualquier inconveniente. Seguramente, confiaron en estos hombres y fueron engañadas (...) jugaron con fuego y tenían altas probabilidades de que les pase algo por las condiciones de lugar”. (Bigbang News, 2016)

El psiquiatra pone foco en y problematiza el hecho de confiar en un otro y el hecho de ser mujer y habitar ciertos espacios, espacios que no son concebidos para ellas. Volvemos nuevamente al tipo de discursos que enfrentan las mujeres que parten de viaje. Pero, al ser este discurso pronunciado públicamente y viniendo del psiquiatra designado para analizar el caso, la repercusión adquiere otras dimensiones. Siguiendo a Noel y Palazzesi (2006), este discurso podría entenderse como encarnando una moralidad de género ya que evalúa, de forma irreflexiva, las prácticas de las jóvenes considerándolas como reprobables en función a lo que se espera del género femenino. A su vez, es un discurso que reproduce un “sexismo automático” (Segato, 2003) discriminador de la mujer y los cuerpos feminizados. Las palabras operan como mecanismos legitimantes que garantizan el mantenimiento de las jerarquías de género propias de nuestra sociedad.

En este caso, se materializa, a su vez, una forma de “violencia moral” (Segato, 2003) en el hecho de que se busca, consciente o inconscientemente, desviar la atención - sino justificar - del suceso violento físico acaecido contra estas dos viajeras, poniendo en juego conversaciones, prácticas, o acciones puntuales de las víctimas con el fin de posicionarlas como errores, descuidos, o debilidades de ellas que propiciaron su muerte. Este mecanismo de ubicarlas como sujetos activos conducentes al homicidio, -identifico está lógica como similar a la que opera en la “violencia moral”¹⁰ descrita por Segato (2003) -, consigue preservar y refundar los sistemas jerárquicos de género al ocultar el “acto instaurador”, es decir, al no hablar de que es un crimen patriarcal cometido por la desigualdad de género, ó sea, contra una mujer, por ser mujer.

En otras palabras, ese homicidio, o mejor dicho feminicidio, forma parte de una violencia estructural hacia las mujeres que, como plantea Segato (2003: 113), “se reproduce con cierto automatismo, con invisibilidad y con inercia”. Por otro lado, el discurso de Marietan, que busca responsabilizar también a las jóvenes del hecho, responde a una moralidad encarnada en un “sentido común” que es rutinario, irreflexivo y sexista. Estas palabras expresan valores morales compartidos

¹⁰ “conjunto de mecanismos legitimados por la costumbre para garantizar el mantenimiento de los estatus relativos entre los términos de género” (Segato, 2003:107)

por la sociedad que conciben que la mujer no debe andar sola, la mujer debe estar en el ámbito de lo doméstico, la mujer no puede confiar en cualquiera, la mujer no debe adentrarse a espacios propios de lo masculino – la movilidad, como menciona Hernando (2012), es históricamente un espacio masculino-.

Un buen síntoma social fue el repudio a las palabras del psiquiatra, lo cual generó un fuerte debate a través de los medios. Al respecto Marietan responde “Como voy a culpar a estas pobre chicas. Por supuesto que repudio a los asesinos. La intención es prevenir crímenes y que las mujeres tengan el debido cuidado antes de arriesgarse a situaciones que las coloquen en un situación de difícil defensa. Yo me enfoco en la prevención” (BigBang News, 2016). Con estas palabras continúa reproduciendo todo lo anterior: es a la mujer a la que hay que controlar y cuidar para que no se adentre a espacios “peligrosos”. En ningún momento pone en cuestión las bases fundantes de este tipo de prácticas violentas hacia las mujeres, no se pregunta por qué ciertos espacios son peligrosos para las mujeres, lo que hace es infantilizar a la mujer y colocarla como sujeto a proteger, por los hombres y de los hombres.

Asimismo, en los viajes a las viajeras se les presentan otra gran diversidad de situaciones de peligro, que no todas ellas terminan en la muerte, pero si generan momentos incómodos y desagradables que van marcando el andar en la ruta. Luri, la chica argentina que conocí en Budapest, me contó una experiencia que tuvo con una amiga en su viaje por Perú. Al llegar a Cusco, ambas contactaron por *Couchsurfing* con un señor de unos 40 años, que les ofreció su casa para hospedarse unos tres o cuatro días. El primer día, luego de ir a buscar a la terminal de ómnibus, las invitó a pasear en su auto junto a un amigo suyo, para recorrer varios atractivos de la ciudad. Luri me comentó que en un principio sentía que todo era muy cómodo y agradable, que el señor parecía muy hospitalario. Sin embargo, al caer la noche comenzaron a sentirse más vulnerables cuando la situación se tornó riesgosa. Con la idea de ir a cenar unas pizzas en algún bar del centro de la ciudad se subieron a su auto nuevamente. Él tomó una botella de Whisky y algunos vasos de plástico antes de partir, pasaron por su amigo y emprendieron ruta. Las luces de la ciudad se iban perdiendo en la lejanía, empezaba a acecharles la oscuridad, comprendieron que no se dirigían al centro de la ciudad y que el plan no sería cenar. A unos tres kilómetros pasando la última casa de Cusco, el señor estacionó su auto en la oscuridad. En su asiento se dio vuelta para mirarlas y les dijo que esa noche se emborracharían, mientras servía los vasos con el Whisky etiqueta negra. Recuerdo que mientras Luri me contaba esta historia su tono de voz cambiaba, a lo que le pregunté que le sucedía y me comentó que le recorría una sensación de miedo e incomodidad al narrarla. “El amigo de este tipo, nos dijo ante nuestra insistencia en volver a la casa, que no nos preocupáramos que solo iban a violarnos. Se hizo el chistoso y de mala gana, mordiendo el vaso de plástico con los dientes, nos

devolvieron a la casa” (Luri). Por lo que me contó ella no hubo ningún otro incidente.

El señor que hospedó a Luri y a su amiga, asumió, por el simple hecho de que ellas eran dos chicas viajando solas, que sin apenas preguntarles iban a estar dispuestas o a tener ganas de pasar un momento a solas los cuatro – él, su amigo y ellas- tomando alcohol en un sitio oscuro a las afueras de la ciudad de Cusco. Parecería que él consideró esto como un comportamiento totalmente normal luego de haber paseado todo el día. Ésta es también una forma de violencia que va tejiendo de manera invisible situaciones que se confunden en un contexto de aparente afectividad - como el ir a recibirlas, acompañarlas en el paseo-, para luego conducir las a situaciones más visibles y opresivas en las que la mujer debe estar en constante alerta y, en caso de ser necesario, tiene que generar estrategias para escapar.

Otras situaciones se manifiestan de forma más directa, pero puede llevar también a confusiones. Tal es el caso de Juana, la viajera argentina que conocimos en Quito, cuando me narra que una vez haciendo dedo con una viajera francesa en la ruta colombiana el camionero que posiblemente las llevaría les pregunta “¿Mamitas son fiesteras para que las lleve?”. La chica francesa no entendía bien a que se refería pero sonreía y estaba a instantes de subir al camión, Juana le cierra la puerta y tomando las mochilas se lleva a su compañera para seguir intentando hacer dedo en otro sitio.

Estas formas de violencia no hacen más que reforzar la desigualdad de género al naturalizar ciertas prácticas o discursos misóginos como normales, ya que se repiten una y otra vez, están encarnados en la costumbre, en la cotidianeidad y así son casi siempre aceptados y muy poco cuestionados. Muchas veces estas prácticas naturalizadas llevan a que las mujeres se sientan más seguras en lo ámbito de lo conocido o de lo doméstico, que de hecho es el ámbito en el que más violencia hacia la mujer se ha registrado (Segato, 2003), y opten por restringir ciertas prácticas por el miedo y la inseguridad que les genera habitar ciertos espacios que una y otra vez son categorizados como de peligro para las mujeres. Como señala Peker (2016) “El femicidio mediatizado atemoriza a las mujeres para que, en vez de cuidarse, se escondan. Casi ninguna madre tiene miedo de que su hija se case, sin embargo el Registro Nacional de Femicidios creado por la Corte Suprema argentina advierte que en el 57 % de los casos el peligro lo representan parejas, ex-parejas, novios, maridos y convivientes.”

A pesar de ello, las mujeres viajeras van generando estrategias para afrontar estas situaciones o zafar de ellas en caso de que se vean envueltas en una. La mayoría habla de la intuición y del estado de alerta constante como dos formas de poder prevenir cualquier situación violenta, que de hecho se pueden suceder tanto en el país propio como en las antípodas. Por otro lado, algunas viajeras se sienten interpeladas a mostrar realidades distintas a las que aparecen en los medios, que bajo el discurso de la protección buscan oprimir aún más a las mujeres. Tal es el caso de Anne, una de las

autoras del film *Wanderlust*,:

Mientras tuve mi estancia en Argentina, me enteré de la muerte de las dos viajeras, Marina Menegazzo y María José Coni, asesinadas en Ecuador. La manera con la que los medios masivos hablaban de ellas, la famosa frase “viajaban solas” cuando, en realidad, viajaban juntas, me mostró la necesidad de desafiar estereotipos que presentan a la mujer que viaja como algo exótico, imprudente o víctima. Me enfoco en correlatos (counternarratives) que muestran otras verdades diferentes a las que nos enseñan los medios masivos. Quiero mostrar la diversidad sin ocultar el hecho que la mujer, por lo general, es más vulnerable que el hombre a la violencia (sexual). Quiero mostrar mujeres fuertes, libres y sin miedo a explorar el mundo. (Grimal, 2017)

Reflexiones finales – hacía una mirada del viaje en clave de género

Este artículo tuvo como objetivo explorar y reflexionar acerca de cómo las dimensiones de género atraviesan las prácticas de viaje, en particular las de las viajeras que eligen vivir viajando como proyecto de vida. A lo largo del mismo fui intentando enfocarme en las distintas etapas del viaje en las que la cuestión de género se hacía totalmente evidente, al punto de restringir la práctica. En un primer momento busqué analizar y exponer algunos ejemplos sobre las reacciones y discursos que se generan cuando una mujer enuncia que va a partir de viaje sola, y cómo esto es vivenciado por ellas. En un segundo momento me enfoqué en la etapa del viaje mismo, el cual propicia distintos encuentros que ponen nuevamente al género en un primer plano. Aquí analicé y reflexioné sobre distintos relatos y anécdotas respecto a las miradas y juicios de los otros en el encuentro con una mujer viajera, y respecto a las situaciones de riesgo que viven las mujeres en su andar.

Me gustaría a continuación bocetar algunos comentarios al respecto.

En lo que refiere al primer punto, las reacciones y discursos en relación a la mujer que viaja, resulta claro que el viaje no es una práctica concebida para las mujeres. Como menciona Hernando (2012) esta práctica ha sido históricamente una actividad de hombres, quienes tuvieron la posibilidad de desarrollar una identidad individual que posibilita el viaje a costas del sedentarismo y confinamiento de las mujeres en lo doméstico. “Si han existido mujeres viajeras antes de la modernidad es porque algunas de ellas, excepcionalmente, no se adecuaron a su identidad de género, y frente a todas las presiones sociales y por distintos motivos (normalmente relacionados con una procedencia social privilegiada), desarrollaron igualmente la individualidad.” (Hernando, 2012)

El hecho de que el viaje sea una práctica propia del género masculino y que sea difícilmente concebible en el género femenino provoca que, muchas veces, al anunciar una mujer que partirá de viaje se desatan una serie de discursos moralizantes que buscan recolocar las conductas de esas

mujeres en el plano de lo que es esperado para su género. Se evalúan y representan estas prácticas como reprobables o no adecuadas por lo riesgosas y desviadas de lo esperado, generando un miedo e inseguridad que la viajera introyecta pero que debe afrontar si aún sigue con su plan de viajar.

Por otro lado, una vez que la viajera comienza su tránsito en la ruta es constantemente interpelada y juzgada por los otros, desconocidos, respecto a sus prácticas. En este sentido, muchas veces se les cuestiona el motivo de su viaje y se les incita a cuidarse o protegerse, y otros veces se les acecha con una mirada, que puede resultar incómoda y hasta amenazante. Estas actitudes también son moralizantes porque constantemente le recuerdan a la viajera que el espacio que está habitando no es el que le corresponde para su género. De esta forma se restringe su movilidad, ya que muchas viajeras comentan que por las miradas o comentarios entienden que hay lugares en los que no se les permite estar o en los que corren un riesgo demasiado elevado que puede conducir a situaciones de peligro.

Este tipo de conductas rutinizadas le recuerdan una y otra vez a la viajera su vulnerabilidad y su subordinación de género e impiden que pueda afirmarse con seguridad en su andar por el mundo. Como menciona Segato (2003: 121) esta es una forma del “patriarcado simbólico que acecha por detrás de toda estructura jerárquica, articulando todas las relaciones de poder y de subordinación”.

El último punto analizado da cuenta de cómo en situaciones de peligro, en los que la viajera se encuentra envuelta en contextos violentos que ponen en riesgo, resurgen los mismos discursos que la responsabilizan por propiciar estas situaciones. Es decir, aparece nuevamente un decir moralizante que busca culpabilizar a la víctima por haberse colocado en espacios en los que no debería estar o por vincularse con las personas de forma demasiado inocente.

Todas estas prácticas y discursos que se formulan respecto a las mujeres viajeras, en definitiva dan cuenta de que se busca frenar el desarrollo de la identidad individual de la mujer, se busca restringir la autonomía y libertad de la mujer.

Para cerrar este artículo me gustaría señalar que aún hoy cuando el viaje, en sus diversas formas, es una práctica muy generalizada no podemos entenderlo ni analizarlo sin considerar la dimensión de género. Muchas investigaciones olvidan hablar de quién es la persona que viaja, como si no fuera relevante entender qué subjetividades son aptas para el viaje. En definitiva, aún sobrevive una mirada androcéntrica del viaje y es fundamental tener una vigilancia constante respecto a esto para no reproducirla.

Como señala Hernando (2012) el tema es complejo e imposible de simplificar, pero “podríamos decir que, a diferencia de los hombres, ellas sólo pueden desarrollar la individualidad con la condición de no abandonar la identidad relacional, lo que obviamente introduce obstáculos a su

condición de viajeras”. Porque finalmente una mujer que viaja no es solo una mujer que se traslada de un lugar al otro, una mujer que viaja es una mujer que rompe con los mandatos que se le imponen a su género.

Bibliografía

- Bigbang News. (2016) *Las mochileras antes de morir: “Viajamos en las cajas de las camionetas”*. En internet: <https://www.bigbangnews.com/policiales/Las-mochileras-antes-de-morir-Viajamos-en-las-cajas-de-las-camionetas-20160301-0007.html> (Consultado: Julio 2018)
- Boned, Verónica; et al. (2014) *Viajeras*. La editorial viajera. España.
- Cabello, Antonio Martín. (2014) *El turismo Backpacker en Chile como expresión de una subcultura juvenil global*. En: Cuadernos de Turismo, N° 34. Universidad de Murcia, España. Pp. 165-188
- Carbajal, Mariana. (2016) “La culpa de las víctimas” En: *Revista Página 12*. En internet: <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-293481-2016-02-29.html> (Consultado: Julio 2018)
- Cardoso de Oliveira, Roberto. (2007) *Etnicidad y estructura social*. Universidad Iberoamericana. México DF, México.
- Clifford, James. (1995) *Culturas Viajeras*. En: *Revista de Occidente*, N° 170-171, 1995. Pp. 45- 74.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Felix. (2004) *Mil Mesetas*. Editorial Pre-textos. Valencia, España.
- Espinosa, Cecilia. (2012) *Viajeros al margen. Relatos nómades desde el espacio salteño*. Editorial Académica Española. España.
- Grimal, Menna. (2017) *Ellas de viaje. Romper el estereotipo de la mujer que viaja sola*. En internet: <https://www.puntadasconhilo.net/2017/01/22/ellas-de-viaje-romper-el-estereotipo-de-la-mujer-que-viaja-sola/> (Consultado: Julio 2018)
- Hernando, Almudena. (2012) *Sobre viaje, individualidad y género*. *Revista La línea del horizonte*. En internet: <http://lalineadelhorizonte.com/revista/sobre-viaje-individualidad-y-genero/> (Consultado: Julio 2018)
- Hernando, Almudena. (2012b) *Los límites entre lo mismo y lo distinto*. *Revista La línea del horizonte*. En internet: <http://lalineadelhorizonte.com/revista/los-limites-entre-lo-mismo-y-lo-distinto/> (Consultado: Julio 2018)
- Maffesoli, Michel. (2004) *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*. Fondo de Cultura Económica.

México.

Marcus, George. (2001) *Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la antropología multilocal*. En: Revista Alteridades 11 (22). Pp: 111-127.

Monteiro Silva, Igor. (2011) *Backpackers. Notas sobre o universo de práticas mochileras*. En internet: http://www.xiconlab.eventos.dype.com.br/resources/anais/3/1308394594_ARQUIVO_ArtigoLUSO-Finalizado.pdf (Consultado: Julio 2018)

Noel, Gabriel; Palazzesi, Ana. (2006). *Moralidades de Género, Familia y Trabajo en Sectores Populares*. En: VIIIª Congreso Argentino de Antropología Social. Salta, Argentina.

Nogués, Antonio Miguel. (2009) *Genealogía de la difícil relación entre antropología social y turismo*. Revista PASOS: Revista de Turismo y Patrimonio Cultural Vol. 7 N°1. Pp: 43-56.

Nunes, Inés. (2017) *Viajar siendo mujer*. En internet: <http://www.publico.es/viajes/viajar-siendo-mujer-varias-blogueras-nos-cuentan-su-experiencia/> (Consultado: Julio 2018)

Oyhantcabal, Laura Mercedes. (2016) *Eligiendo ser nómada en la sociedad contemporánea. Una aproximación a las prácticas y discursos de quienes eligen el viaje como modo de vida*. Montevideo, Uruguay: Universidad de la República. En internet: https://www.academia.edu/35508172/Eligiendo_ser_n%C3%B3made_en_la_sociedad_contempor%C3%A1nea._Una_aproximaci%C3%B3n_a_las_pr%C3%A1cticas_y_discursos_de_quienes_eligen_el_viaje_como_modo_de_vida (Consultado: Julio 2018)

Peker, Luciana. (2016) *Viajo sola: asustar para que se acobarden*. Revista Anfibia. Universidad Nacional de San Martín. Argentina. En internet: <http://www.revistaanfibia.com/cronica/asustar-para-que-se-acobarden/> (Consultado: Julio 2018)

Pinheiro, Mauro. (2010) *Estilos de vida e individualidade*. En: Horizontes Antropológicos, año 16, N° 33. Universidade Federal da Paraíba. Porto Alegre, Brasil. Pp. 41-53

Pratt, Mary Louise. (2010) *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Fondo de Cultura Económica. México.

Richards, Greg; Wilson, Julie. (2004) *The global nomad*. Channel View Publications-Series Editor. United Kingdom.

Schonfeld, Lucila. (2016) *Viajo sola: qué habrás hecho*. Revista Anfibia. Universidad Nacional de San Martín. Argentina. En internet: <http://www.revistaanfibia.com/cronica/viajosola-que-habras-hecho/> (Consultado: Julio 2018)

Segato, Rita. (2003) *Las estructuras elementales de la violencia*. Editorial Prometeo 3010.

Universidad Nacional de Quilmes. Argentina.

Serra, Eva; Vega, Ana. *2 Femmes en 2CV: un 'Road Trip' al más puro estilo 'Thelma and Louise'*.
En internet: <https://2femmesen2cv.com/> (Consultado: Julio 2018)

Velho, Gilberto. (2010) *Metrópole, cosmopolitismo e mediação*. En: Horizontes Antropológicos, Año 16, N°. 33. Porto Alegre, Brasil. Pp. 15-23.

Villalba, Aniko. *Viajar sola*. En internet: <https://viajandoporahi.com/viajar-sola/> (Consultado: Julio 2018)

Wheaton, Belinda. (2004) *Understanding Lifestyle Sports. Consumption, identity and difference*.
Routledge. New York, USA.